

sconderse para escuchar

Emilio Alberto Restrepo¹

¹ Médico, ginecoobstetra-laparoscopista. Profesor. Especialista en Literatura Comparada de la Universidad de Antioquia. Magíster en Literatura de la Universidad Pontificia Bolivariana. Autor de 25 libros. En su producción se destacan novelas de asuntos médicos y hospitalarios; novelas y cuentos de género negro y temática urbana; libros infantiles, pedagógicos y de ensayo literario. <https://orcid.org/0009-0003-6908-4660>. Correo: emiliorestrepo@gmail.com

E

l artículo reflexiona sobre la represión social y cultural vivida por la generación del autor durante su juventud, cuando las normas machistas imponían una visión rígida de la masculinidad. Mostrar sensibilidad artística o admirar a ciertos músicos era motivo de burla y estigmatización: se calificaba de «depravado» o «invertido» a quien no encajaba en el modelo de dureza masculina. Esa presión generó miedo, culpa y silencios. Con el tiempo, se comprendió que aquello fue una forma de «castración cultural» y homofobia que obligó a muchos a ocultar su autenticidad. El texto recuerda con ironía esos días en que había que «escondarse para escuchar», y celebra a los artistas que ayudaron a derribar prejuicios y abrir paso a la libertad y la aceptación personal.

Palabras clave: machismo, homofobia, represión cultural, identidad, música popular, prejuicios, libertad.

Introducción

Es cierto. La sociedad machista entronizada ha impuesto sus normas desde siempre; ahora lo cuestionamos, pero, en los años de nuestra transición a la edad adulta, era un asunto draconiano y difícil de sobrellevar si no estábamos en la línea de la corriente. No había concesiones, imposible negociar, cero tolerancia. Todo era binario, en blanco o negro, nada de digresiones, ni propuestas alternativas o puntos medios. Tan simple como eso: si estabas en un barrio de rockeros y reconocías ante tus amigos de esquina que admirabas la forma de bailar de Sandro —que era un portento— o que te gustaban las canciones de Miguel Bosé —que nació grande, demoledor, todas eran exitosas— o que te parecía pinta Camilo Sesto o Miguel Gallardo, que hoy decimos sin problema lo obvio: que eran bellos, eso está a la vista, lo cual no significa que el comentario involucre nuestra apetencia sexual, aunque si lo hace, ya no importa. Simplemente, según el concepto de los gañanes de barrio, eras un depravado de gustos invertidos, no merecías pertenecer a la manada de machos agrestes que poblaban las esquinas haciendo derroche de rudeza y machismo cavernario; en-

tonces, se desataba un matoneo demoledor: decían que desde lejos se te veía la debilidad, que ya lo sospechaban, que en la casa hacías una pasarela con tus primitas y que en la soledad del baño te ponías moños rosaditos en el pelo, usabas al escondido los tacones de las tías y experimentabas con el maquillaje de las hermanas mayores. Se daba por hecho que eras «una loca», y eso en el barrio no tenía arreglo.

A escondidas

No podíamos reconocer que las canciones nos gustaban por buenas o por románticas, que no era ningún pecado admirar a un hombre porque bailaba bien, que también los muchachos teníamos derecho a reconocer al que tiene el talento y lo expresa con su cuerpo o sus movimientos, que no era exclusivo de las mujeres y que teníamos ojos para saber que un masculino podía tener cara hermosa sin que eso implicara que nos derritiéramos por los hombres.

Pero no. No podíamos hacerlo en público sin pagar un alto precio por ello. Entonces íbamos por la fácil, lo hacíamos en soledad y nosotros mismos

nos guardábamos el secreto. Eso generaba miedo y culpa: «será que me gustan los hombres... será que voy a ser un dañado... pero qué tan raro, yo sé que me atraen las mujeres, yo siento que los **manes** no me interesan para nada...». Después nos dimos cuenta de que era una castración cultural, una homofobia que escondía muchas transgresiones ocultas, que esa generación se demoró muchos años en salir del closet o nunca lo

La sociedad machista entronizada ha impuesto sus normas desde siempre; ahora lo cuestionamos, pero, en los años de nuestra transición a la edad adulta, era un asunto draconiano y difícil de sobrellevar si no estábamos en la línea de la corriente.

hizo y en el camino matoneó e hizo sufrir a mucha gente. Y muchos de los más dañinos llevaban el pecado por dentro. ¡Deben haber sufrido mucho!

Evoluciones

Hoy nos reímos de habernos tenido que esconder para escuchar los discos de Camilo o Bosé. Y nos gozamos el espectáculo magnífico de ver bailar a Elvis, Sandro o James Brown y sus movimientos pélvicos sin temor a decir que nos gusta. Hoy sabemos que muchos de ellos tenían cara de galán sin que a nadie le importe si preferimos a los hombres o las mujeres.

Aprendimos que eso nos debe tener sin cuidado. Aprendimos a valorarlos por lo que eran: artistas en todo el sentido de la palabra, que su música era maravillosa y su arte los hacía distintos. Aprendimos a entender que debíamos ser como éramos, como mi Dios nos ayudara y que eso no le debía de importar a nadie. No era fácil por aquellos días, pero siempre hay una canción que nos hace un poco más libres, un baile que nos hace soñar, un afiche que nos devuelve una mirada desde el país de las ilusiones, una letra que cuestiona y reflexiona con su poesía evocadora, porque descubrimos eso con la música y con los artistas: que teníamos derecho a soñar y a ser como podíamos y queríamos ser, no como los otros dijeran que teníamos que ser. Y ellos nos ayudaron a romper con ideas malas o equivocadas y a que se cayeran muchas cosas que estaban flojas.

Un problema global

Y hace poco me di cuenta de que eso era a nivel global, que muchos de los más rudos rockeros en el fondo admiraban a ABBA, que en realidad eran maravillosos, unos prodigios rubios de armonías extraordinarias, pero no lo podían reconocer en público sin perder su estatus de líderes de la descarga heavy-metalera. No podían doblegarse a esa debilidad, hubiera sido desilusionar a las hordas de

fanáticos melenudos de malas pulgas que los adoraban con fe ciega e intransigente, y dispuestos a arrasar con lo que fuera en su culto hacia ellos. Imagínense, hablo de tipos de la catadura de Dave Grohl, Ritchie Blackmore, Ronnie James Dio o Cozy Powell (MariskalRock, 2024). Duros entre los duros, verdaderos dioses del metal más atronador. Y también debían negar que les encantaban los suecos por dulces y estilizados. Justicia divina para este pecho de sudaca dubitativo. Los entiendo mis muchachos...

Algo parecido ocurrió cuando en los años setenta salieron los títulos de John Travolta, *Saturday Night Fever* —Fiebre de sábado por la noche,

No podíamos
reconocer que las
canciones nos
gustaban por buenas
o por románticas, que
no era ningún pecado
admirar a un hombre
porque bailaba bien,
que también los
muchachos teníamos
derecho a reconocer
al que tiene el talento
y lo expresa con su
cuerpo.

1977— y *Grease* —*Brillantina*, 1978—, un par de películas musicales deliciosas que fueron éxito de taquilla en todo el mundo y arrastraron a la juventud hacia los teatros a ver un espectáculo de música, alegría y baile. Pero había un problema en los barrios: historias muy dulzonas, canciones muy pegajosas y un protagonista demasiado lindito para los estándares de los camajanes que sostenían muro en las esquinas, oyendo salsa o rock a punta de grabadora, pontificando sobre lo humano y lo divino, y echando humo como murciélagos o presidiarios. Los más rudos decretaron que Travolta era un *mariconzuelo* y que todo el que lo viera, ¡también!, eso parecía ser contagioso y el que lo fuera a ver podía olvidarse de hacer corrillo en la gallada, eso era algo vergonzoso e incompatible con la actitud y la música que se escuchaba en nuestras calles, mucho más dura y varonil. Según el criterio, eso era cosa de gringos frívolos, vacíos y superficiales y no se podía ni mencionar, a pesar de que ocupaban las noticias, las revistas, los álbumes de figuritas, las emisoras, los afiches, los noti-

cieros y las filas para entrar a cine daban la vuelta a la manzana.

Cosa que no pasaba con Vicente Fernández y su *Ley del monte* o *El arracadas*, que sí eran aceptadas por estos gañanes que ejercían la censura, aunque fueran de otro género distinto al de sus preferencias. Claro, estaban protagonizadas por un mero macho de pelo en pecho. Era más bien un asunto de machismo rampante, mezclado con ho-

mofobia, digo yo. Con los años, la mayoría reconocemos que fuimos a verlas de manera individual o en compañía de una amiga, con la disculpa de que «era por acompañarla», en otros barrios para no tener que dar muchas explicaciones. Hoy en día ya reconocemos que nos encantaron, que todos las vimos varias veces, inclusive supimos después que los cavernícolas que en la esquina tiraban línea de lo que era o no aceptado también lo hicieron, en silencio y al escondido, pasando de agache. Era una doble moral hipócrita y represiva que llenó la cabeza de prejuicios y nos privó de muchas cosas buenas que valían la pena; todos tenemos claro que a pesar de lo inge-

nua y melcochudo de la historia, la música sigue siendo una maravilla, los ritmos eran pegajosos y los bailes todo un espectáculo. ¡Ah!, y con los años se supo que Travolta al fin como que sí resultó homosexual, pero ya eso a nadie le importa. Fue un gran artista y nos tocó gozarnos su extraordinaria resurrección cuando Tarantino lo trajo de vuelta en uno de sus mejores papeles, Vicent Vega

Era una doble moral hipócrita y represiva que llenó la cabeza de prejuicios y nos privó de muchas cosas buenas que valían la pena; todos tenemos claro que a pesar de lo ingenuo y melcochudo de la historia, la música sigue siendo una maravilla, los ritmos eran pegajosos y los bailes todo un espectáculo.

en *Pulp Fiction* —*Tiempos violentos*—, en donde no cantó, pero hizo otro baile para la historia, de la mano de la hermosa Uma Thurman, pero eso ya es otro cuento y otro universo. De todas maneras los invito a ver algunos de los mejores pasos de baile de este actor tan querido en nuestra generación (Marco-Sr, 2022).

¡Gracias a los artistas por existir, por haber estado allí, en la calle o en la casa, con closet o sin él, desde esa vez y para siempre!

Referencias

MariskalRock (2024, 4 de marzo). Ritchie Blackmore (Rainbow, ex-Deep Purple): «ABBA es probablemente mi banda favorita de todos los tiempos». *MariskalRock*. <https://mariskalrock.com/actualidad/ritchie-blackmore-rainbow-ex-deep-purple-abba-es-probablemente-mi-banda-favorita-de-todos-los-tiempos/>

Marco-Sr. (2022, 30 de junio). *Las mejores escenas de baile de John Travolta ¿Grease? ¿Pulp Fiction?* [video]. YouTube. <https://www.youtube.com/watch?v=u4WnkjJz-3SE>